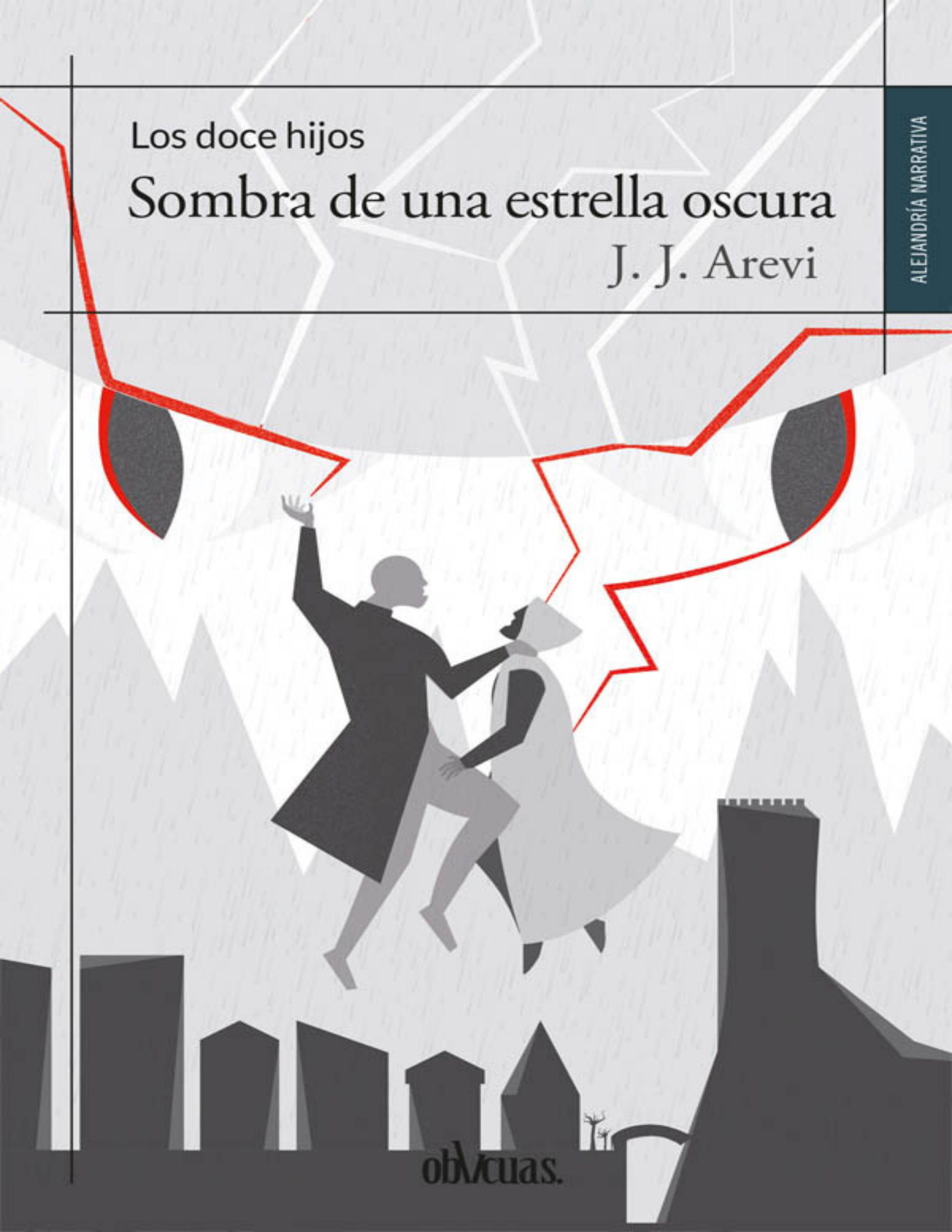


Los doce hijos

Sombra de una estrella oscura

J. J. Arevi

ALEJANDRÍA NARRATIVA



obvivas.

El mayor ejército imperial que se ha visto nunca está camino de Álberos para borrar, de una vez por todas, el legado de la casa de Albián de la faz de la tierra. Por desgracia, el sueño de Craiden de Karoth de ver unidos a los tres grandes magos haciendo frente a la tiranía del emperador parece cada vez más lejano. Tras derrotar juntos al espectro Nephir y conseguir los tres bastones de poder, el camino de Gaël, Jeorhos y Nashua se bifurcó hace ya año y medio.

Mientras su pueblo se prepara para defender la capital de Albaria, el ahora príncipe Gaël recibe la inesperada visita de una vieja conocida, portadora de un terrible mensaje: Jeorhos está en peligro y necesita su ayuda. ¿Será el recuerdo de su amor suficiente como para dejar todo atrás e ir en su busca?



Sombra de una estrella oscura

J. J. Arevi

www.edicionesoblicuas.com

Sombra de una estrella oscura

© 2021, J. J. Arevi

© 2021, Ediciones Oblicuas

EDITORES DEL DESASTRE, S.L.

c/ Lluís Companys nº 3, 3º 2ª

08870 Sitges (Barcelona)

info@edicionesoblicuas.com

ISBN edición ebook: 978-84-18397-88-2

ISBN edición papel: 978-84-18397-87-5

Edición: 2021

Diseño y maquetación: Dondesea, servicios editoriales

Ilustración de portada: Pilar Orellana

Ilustración «mapa de Allegaia»: José Javier Arenas Villafranca & Carla Codorníu

Queda prohibida la reproducción total o parcial de cualquier parte de este libro, incluido el diseño de la cubierta, así como su almacenamiento, transmisión o tratamiento por ningún medio, sea electrónico, mecánico, químico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin el permiso previo por escrito de EDITORES DEL DESASTRE, S.L.

www.edicionesoblicuas.com

Contenido

Parte I. El mal de Illaki

Palacio de Cristal

I. El justo adiós

II. Los mismos demonios

III. El idioma extranjero

IV. La reunión imprevista

V. La decisión soberana

VI. Los lazos familiares

VII. El farsante

VIII. El último aliento

IX. La incapacidad de decidir

X. La diplomacia ausente

XI. Reflexiones en el camino

XII. El rito de la súplica

XIII. Los hijos del bosque

XIV. La ceremonia de la vida

XV. El compañero de viaje

XVI. Los herederos del río

XVII. El cazador despiadado

XVIII. Un pasado remoto

XIX. La avalancha

XX. La sangre de Aramet

XXI. Las Puertas Doradas

XXII. Un lugar imprevisto

Parte II. Los Erendals

Allende la Gran Cordillera. Hace más de 500 años

XXIII. Un guiso de jábatos

[XXIV. La reacción opuesta](#)
[XXV. La carta](#)
[XXVI. La tregua interrumpida](#)
[XXVII. Las segundas intenciones](#)
[XXVIII. Los espíritus de Allegaia](#)
[XXIX. Un golpe de suerte](#)
[XXX. El hombre de confianza](#)
[XXXI. El portador del bastón](#)
[XXXII. El poseedor de la esfera](#)
[XXXIII. Un pájaro de enormes alas](#)
[XXXIV. Los hijos de Illaki](#)
[XXXV. El ejército de Azra](#)
[XXXVI. Seis saugos con jinete](#)
[XXXVII. Sombra de una estrella oscura](#)
[XXXVIII. El sacrificio](#)
[XXXIX. La niebla](#)

[**Epílogo**](#)

[**Glosario: Personajes**](#)

[**Miscelánea**](#)

[**Agradecimientos**](#)

[**El autor**](#)

Para Victoria, reina de su destino

—Para ti he preparado esto. —Alzó un frasquito de cristal, que centelleaba cuando ella lo movía, y unos rayos de luz le brotaron de la mano—. En este frasco —dijo ella— he recogido la luz de la estrella de Eärendil, tal como apareció en las aguas de mi fuente. Brillará más en la noche. Que sea para ti una luz en los sitios oscuros, cuando todas las otras luces se hayan extinguido.

La comunidad del anillo. JRR Tolkien



ALLEGAIA

~ IMPERIO DE AZRA ~
 AÑO 563 D.T.M

Parte I. El mal de Illaki

Y cargado de celos y envidia, Illaki retornó a la oscuridad de su caverna donde tomó barro y sangre de alimaña. Las ungió con atrocidad y ponzoña, tratando de imitar a su hermana, tal y como le había visto hacer aquel día.

De aquel legado perverso nació la bestia, su primera y más sucia creación, y orgulloso de lo que había engendrado, el demonio Illaki le otorgó el nombre de eriok.

Paes ert Gaja, texto apócrifo.

Palacio de Cristal

Se encontraba inquieta. Hacía días que él debería haber regresado, pero no había sido así. La mujer, sentada en el banco de piedra color ceniza, y rodeada de frondosa y exuberante vegetación, miraba al horizonte infinito de arena sin fijar la atención en nada en concreto.

Recordó aquella sombra que había cruzado el techo de su Palacio de Cristal trastocando todos sus planes y retrasando el regreso de su corazón, el cual había debido de prolongar su viaje, recorriendo el mundo conocido de punta a punta a causa de ese mal presagio.

Por inercia pensó que él seguramente estaría agotado cuando regresase, pero al momento se corrigió a sí misma. Estaría perfectamente descansado. Gracias al pequeño gran sacrificio que ella había hecho, ahora su corazón disfrutaba de un poderosísimo don que le permitía viajar sin descanso de un lugar a otro además de hacer otras muchas cosas extraordinarias.

La mujer, que apenas tenía arrugas y cuya piel era blanca y lisa como la de una joven, era en realidad una anciana cuya edad sería difícil de precisar a simple vista, pero que portaba sobre sus hombros tantos años de estudio y de secretos tan arcanos que le hacían parecer frágil, a pesar de haber sabido engañar al tiempo.

Imbuida por la calma que le otorgaba lo vivido, dejó que su mirada recorriese los miles de millones de granos de arena que conformaban el mayor desierto de todo Allegaia. Absorta en sus pensamientos se preguntó si sus decisiones hasta el momento habrían sido las adecuadas, si habría entendido correctamente el mensaje de la Madre Allikas y si, por ende, habría obrado bien y en consonancia con los preceptos de su hija Stella.

Hacía ya casi un año que aquel terrible presagio en forma de pájaro de alas enormes había cruzado el cielo transparente de su Palacio de Cristal en dirección al sur, hacia la selva de donde provenía. En su batir de alas había creado inimaginables y llamativos destellos mientras reflejaba la luz del sol en sus plumas de color blanco nacarado, destellos que habían generado auténtico pavor en la mujer que los observó brillar. Si estaba en lo cierto, y tenía motivos para creer que así era, el gran traidor había despertado de su letargo y eso era de todo menos bueno. Los hechos se estaban precipitando y debía evitar a toda costa el resurgir del verdadero mal de Illaki. Se lo había prometido a la Madre.

Acarició la gran hoja, verde y turgente, que caía con gracia junto a ella, y se quedó observando los cambios sutiles en las incipientes flores anaranjadas que amenazaban por fin con brotar siendo las últimas guerreras del estío. Su oasis era espléndido, rebosante de vida, pensó, como hiciera tantas otras veces. Pero a pesar de que la calma en ese instante era inmensa, sintió que algo se había roto en el equilibrio que habitaba en aquel, su hermoso palacio. Pocos minutos después escuchó a su espalda unos pasos que se acercaban recorriendo el jardín abovedado de techos altos, picudos y transparentes.

Giró la cabeza hacia un lado, manteniendo aún la mirada fija en el suelo y susurró en voz baja:

—Mi corazón, has vuelto.

El hombre, alto, de complexión atlética y fuertes hombros, se paró a escasos metros y sonrió, expectante. Ella se puso en pie, y con pasos decididos, aunque poco ágiles, se le acercó mientras abría los brazos.

Ya juntos, sin distancia que los separase, se fundieron en un caluroso y reconfortante abrazo que duró unos segundos pero que parecía durar una década entera. Ella se separó de él un poco y observó en silencio su poderoso pecho, sobre el que descansaba una esfera de cristal del tamaño de una nuez. Allí estaba su estrella, refulgiendo en blanco anularia colgando del cuello de su amado, emitiendo destellos de luz de manera pulsante y métricamente hermosa.

Asió la esfera de cristal en sus manos y la acarició mientras apoyaba su cabeza sobre el pecho del hombre.

—Mi corazón, ¿por qué has tardado tanto? —dijo ella mientras centraba su atención en el recorrido anhelante y triste de sus dedos alrededor de la esfera.

—Las cosas se complicaron demasiado, mi luna radiante —respondió él, dejando tras sus palabras un silencio que anunciaba algo más—. Me han visto, ha sido inevitable, un eriook me sorprendió y tuve que actuar.

La anciana guardó silencio y meditó durante unos segundos, antes de responder.

—No importa, mi gran sol, es cuestión de tiempo que la futura heredera de Stella regrese aquí, a su casa, y más pronto que tarde todo será revelado.

—Debería traerla yo hasta aquí, sin más preámbulos, es lo más sensato.

—Todo a su tiempo, luz de mis días, todo a su tiempo —dijo ella con dulzura.

—Alba, amor mío, tiempo es precisamente de lo que carecemos —le interpeló mientras acariciaba su pelo blanco y la besaba con ternura en la frente.

—Confía en mí, mi amanecer dorado, me la traerás aquí, pero será en el momento oportuno.

Ella suspiró.

—¿Qué es eso que no me cuentas? Dime —preguntó con suavidad él.

—El protector de la hacedora ha muerto.

El guerrero asintió, estrujando el frágil cuerpo de la anciana entre sus brazos jóvenes y fuertes.

—Pero Allikas nos ha enviado un gran aliado para ocupar su lugar —continuó ella—. Otro hacedor de estrellas.

—Pero ¿es eso posible?

Ella no respondió. Ya habría tiempo después. Se acurrucó en sus brazos dejando que su mirada y la de él se suspendieran durante un tiempo sin medida sobre el inmenso y amplio desierto de Abdam.

I. El justo adiós

Las campanas repicaban, hermosas, llenando cada rincón de la ciudad en señal de duelo.

La avenida de los pensadores, ancha y espaciosa, había sido engalanada con grandes telas de fúnebre terciopelo negro. De las farolas de luz semiartificial, ahora apagadas, colgaban por un lado los estandartes color aurora en honor al fallecido, y por otro lado banderolas de la casa allí reinante de rayas alternas de gules y oro.

El gran bulevar, que poco o nada tenía que envidiar a los fastuosos paseos de la capital de Azra, conducía hacia la Casa del Saber o Pensadore. Era un templo de culto dedicado teóricamente a la Diosa Allikas pero que, con el devenir de los siglos, había sido consagrado de manera extraoficial al conocimiento del que la casa de Barren hacía gala.

Aquel día, el águila del escudo de Barren no reinaba sobre el Pensadore, sino que había sido sustituida, como excepcional homenaje, por la serpiente bicéfala de la casa de Karoth.

El féretro de Craiden de Karoth recorrió durante horas las calles de aquella ciudad prestada con la pompa digna de un rey. Tras él, el séquito del ahora rey, Kilian IV de Trasperior, lo escoltó a pie con gran pena. Todo Béllabos se mostró solemne ante la comitiva, acompañándola con un

cálido silencio, un silencio únicamente interrumpido por el zumbido mecánico de los portieri, unos artefactos voladores que conectaban los puntos más importantes de la ciudad mediante tubos de cristal: canales que permitían transportar mercancías y objetos en un tiempo corto, sin necesidad de esfuerzo humano.

La tecnología en Béllabos inundaba la vista del visitante de manera apabullante con avances nunca vistos, ni incluso imaginados, en otra ciudad de Allegaia. Hacía pocos meses que se había empezado a probar un prototipo llamado elebarca, una especie de barcaza que podía transportar a personas por aire hasta las zonas altas de la ciudad.

La gran capital de Trasperior era, en cierta manera, una desconocida para el resto de los habitantes de Allegaia. Ello se debía, sobre todo, a su posición alejada en el mapa, justo en el pico noroeste del territorio donde, hasta hacía escasos dos años, llegaba el imperio de Azra. Además, ese aislamiento geográfico se veía favorecido por la existencia única de dos caminos que conducían expresamente a la ciudad: la Vía Costera, que unía Béllabos con Álberos, Terpsi y Ciudad Última de forma lineal; y la que era llamada Vía de la Fortuna, que llegaba hasta Alea, en la provincia de Onni, y allí se unía con la Vía Imperial, que conectaba Alea con Jabharia y Turme. Estas tres ciudades eran las más ricas y las menos castigadas por las políticas recaudatorias impuestas por el emperador.

La arquitectura de Béllabos también era peculiar. Los edificios eran tubulares, en su mayoría, y se construían unos junto a otros formando torres y aglomerados de torres de distinto grosor. En general eran edificios muy altos con múltiples y ajardinados balcones cóncavos, conectados con escaleras a diferentes alturas lo que le otorgaba una apariencia de laberíntico panal de abejas. Se decía que solamente los locales sabían moverse por allí sin perderse.

Las exequias de Craiden, señor de Trageroth, duraron dos largas horas. El mismísimo rey Kilian dedicó unas

sentidas palabras al fallecido delante de toda la nobleza traspia y de parte de la antigua y mermada aristocracia de la hoy inexistente Yeoroth, donde, hacía varias centurias, una vez había reinado la casa de Karoth.

Kilian, cuando aún ostentaba el cargo de gran duque y rendía vasallaje a la casa imperial de Jabharia, había otorgado a Craiden la gestión de la antigua ciudad de los tres magos, Trageroth, en forma de señorío. Un gesto que buscaba el reconocimiento de la casa de Karoth por parte del emperador para acercar así al linaje de los justos a recuperar la gestión de la Comarca Sur, donde antes estuvo Yeoroth.

La muestra inequívoca del cariño y del aprecio que se profesaba a Craiden en la ciudad de los tres magos fue la tremenda afluencia de ciudadanos de aquella urbe al sepelio. Dirían después los cronistas más exagerados que, de todos aquellos que habían sido evacuados de incógnito antes de que el ejército jábharo arrasara Trageroth, habían acudido todos sin excepción, incluidos enfermos y ancianos.

Cuando la ceremonia terminó, las campanas repicaron de nuevo durante más de diez minutos por orden del rey. Kilian sabía que su gran amigo siempre había apreciado su bello reverberar. Decía, recordaba el rey, que nunca jamás había escuchado un sonido igual en ninguna de las antiguas capitales de Allegaïa, y eso que las había visitado todas, al menos una vez, en funerales de estado.

* * *

Kilian volvió a su palacio tras la cremación del cuerpo. No permitió que nadie le acompañase, pues se sentía abotargado. El recuerdo de los acontecimientos que habían desembocado en aquel triste día acudió a su mente durante el paseo, no pudiendo ser de otra forma.

Aquel día dejó que Craiden acompañara a los tres magos en la búsqueda del Báculo de Hueso, pensando que aquello sería una misión relativamente sencilla. Una visión le había sido revelada al vednis Gaël indicándole dónde estaba enterrado el vednis Áscalon, y una corazonada de Craiden les había empujado a buscar la tumba esperando encontrar allí el bastón de poder de Albián. Su amigo estuvo en lo cierto, y los restos del último gran mago blanco se recompusieron dando forma a un báculo mágico y poderoso. Pero ninguno esperaba que el espectro de Nephir les aguardase para evitar que lo consiguieran.

Los jóvenes vednis, aún torpes en el uso de la magia, se enfrentaron como pudieron al malvado mago, hasta que un Gaël en trance consiguió vencerle. Salieron los tres casi indemnes de la batalla, sin embargo, Craiden se llevó la peor parte. Tratando de proteger al joven mago blanco soportó el poder y los ataques de la magia oscura de Nephir. Le sacaron de allí moribundo y, aunque quiso aguantar, ni los esfuerzos de los magos blancos ni el de todos sus médicos sirvió de nada. Craiden soportó terribles dolores durante meses en una agonía que parecía no tener fin, hasta que un día, por puro agotamiento, se dejó ir.

Craiden querría haber sido enterrado en la catedral de Allikas de Ciudad Última, su casa, y Kilian se juró aquel día que así sería. Lo haría él mismo si hiciera falta, llevaría los restos de su amigo a la capital de la antigua Yeoroth cuando aquel convulso episodio de la historia de Allegaia se solucionara.

Tras la tranquila caminata, Kilian llegó al palacio Barren, una edificación que no destacaba dentro de la arquitectura de Béllabos de una manera excesiva. Conscientes los traspios de que la belleza de una ciudad dependía de su conjunto, el propio palacio seguía las directrices arquitectónicas de la urbe, integrándose en el bellísimo paisaje como un edificio más, pero eso sí, distinguible por sus mayores dimensiones y por estar situado en el centro

exacto de la ciudad, de tal manera que el visitante podía localizarlo fácilmente, pero a su vez admirar el conjunto, sin que el edificio regio concentrara toda su atención.

Una vez llegó a los aposentos reales, Kilian dejó atrás su propia estancia y continuó por el pasillo en dirección al ala derecha. Era la zona del castillo orientada hacia los llanos de Trasperior. Craiden siempre prefirió alojarse allí pese a que el ala izquierda tenía unas hermosísimas vistas al mar. El hijo de Karoth siempre decía que aquella vista le era más hermosa, que le recordaba algo a su anhelado desierto de Yeoroth.

Kilian entró con respeto en la estancia del fallecido con la intención de estar allí un tiempo a solas. Le apetecía darle un último adiós rodeado de sus múltiples cachivaches. Sin embargo, nada más cruzar la puerta se dio cuenta de que aquello no iba a ser posible.

Disimuló el sobresalto que le supuso encontrarse allí, sentada en el escritorio, a una figura vestida con una elegante y a la vez extravagante túnica amarilla dorada. El rey carraspeó para hacerse notar y exclamó, repuesto tras la impresión:

—¡Pavlos! ¡No esperaba veros aquí!

La figura que miraba por la ventana el paisaje de seco traspio se giró al momento con una extraña sonrisa.

—Duque de Damariel, rey Kilian... —le corrigió.

Kilian, aún sorprendido y algo descolocado ante tal atrevimiento, se excusó:

—Disculpad mi duque, ha sido la sorpresa.

—¡Ja, ja, ja! No seáis absurdo, llamadme Pavlos, estáis en vuestra casa y yo soy el invitado, ¡o señor Pavlos, que también me gusta!

Kilian recuperó la compostura completamente, «aquel personaje siempre tan excéntrico», pensó... No le gustaba, aun así, mantuvo una actitud cordial, por Craiden. Le conocía personalmente de alguna velada puntual en

Trageroth, pero sobre todo por la admiración que su amigo sentía por el extranjero.

—No os he visto en el funeral —preguntó Kilian—. ¿Habéis llegado ahora?

—Ayer, llegué anoche en realidad. Y sí, sí que he asistido al funeral. Pero he preferido disfrazarme con una andrajosa túnica marrón y mezclarme con la plebe. No quería llamar demasiado la atención en una ciudad tan..., tan poco habituada a extranjeros, sobre todo si son allende la Gran Cordillera, donde la mayoría de la gente aún piensa que solo existe la nada.

—Deberíais haberme anunciado vuestra llegada. Craiden os tenía en alta estima y os habría reservado un lugar de honor en las filas principales.

—No era necesario, pero gracias, rey Kilian —contestó el señor Pavlos mientras se ponía en pie y comenzaba a deambular por la estancia entre los miles de objetos allí presentes. Todos eran en apariencia inútiles, cacharros que Craiden había acumulado durante su vida—. La verdad que me he alegrado de haberme mezclado con el pueblo. ¿Sabe, alteza? Las gentes de Trageroth estimaban a su señor de corazón. He visto auténtico dolor en los campesinos y artesanos que han acudido a la ceremonia.

—Sí, es cierto. Craiden gozaba de un gran reconocimiento entre sus vasallos.

—Para el hijo de Karoth no eran vasallos, sino iguales cuyas vidas trataba de gestionar para hacerlas más llevaderas —puntualizó Pavlos—. Me he reído a carcajadas cuando una madre, ya mayor, contaba a su hijo adulto una anécdota sobre una convención de juglares que Craiden organizó en la Plaza de Aeogias en Trageroth. Parece que aquello fue muy sonado...

Kilian no sonrió, recordaba aquel suceso como uno de los mayores quebraderos de cabeza desde el inicio de su gobierno. Tuvo que mandar al ejército desde Béllabos y multitud de voces dentro de su familia clamaron en contra

de su idea de poner a Craiden, y no a un Barren, al frente de aquella ciudad legendaria.

—Fue un episodio un tanto delicado, Pavlos.

—¡Pues la gente lo recuerda con alegría! —rio el bajarita. Kilian no se unió a la risa.

—Y qué hacéis aquí, Pavlos. En las estancias de Craiden, me refiero.

—Pues realmente os esperaba a vos. Pensé que vuestra cara oculta, melancólica y trasnochada, y que bien disimuláis, por cierto, os haría venir hasta aquí. Y la verdad, no se me ocurre un sitio mejor donde poder conversar con vos.

—¿Queríais hablar conmigo?

—Sí, ¡eso es lo que he dicho!

El señor Pavlos se dirigió con gesto serio y determinado hacia la puerta de la habitación y la cerró. En su cara, de forma súbita, dejó de haber rastro de broma alguna.

—Veréis, Craiden y yo nos conocimos de una manera un tanto particular... —comenzó a relatar Pavlos—. Sabéis que, desde bien joven, el heredero de la casa de Karoth mostró un interés desmesurado por el diario secreto de Aldeste, el último sirviente de los últimos tres magos.

Kilian no pudo reprimir la expresión de sorpresa al escucharlo referirse a aquello.

—No os sorprendáis tanto. No erais el único amigo en el que Craiden confiaba —terció Pavlos—. Tremenda aquella historia de traiciones y venganza, ¿no es cierto? La de mentiras que se han hecho verdades con el paso de los siglos sobre Nephir, Áscalon y Mirena... —exclamó el bajarita con sorna—. Su interés en los diarios fue lo que le trajo hasta mí. Tal y como os contaría Craiden, los diarios originales relatando la verdad sobre la caída de los tres magos se perdieron, y nuestro amigo sospechaba que el secreto familiar que se transmitía oralmente de generación en generación sobre el contenido de esos diarios se había desvirtuado. Le obsesionaba conocer la versión original, así

que dedicó casi toda su vida a viajar en busca de respuestas. Craiden creía que era posible recuperar los diarios originales gracias a algunas pistas existentes en el relato de los Karoth. Cuando se presentó ante mí, con sus extraños ropajes, nunca vistos en mi palacio de El-ajbar, me dejó sin palabras...

Kilian callaba, atento. Aquella información era completamente nueva para él, y estaba tremendamente sorprendido con el hecho de que Craiden hubiera llegado a El-ajbar. El propio Kilian jamás había estado en la legendaria Baj-ra, pero sabía por sus lecturas que El-ajbar era un barrio elitista de la mítica ciudad.

Pavlos dejó reposar sus palabras, consciente del impacto que habían causado en su interlocutor, y se dirigió de nuevo al escritorio. Allí cogió un paquete envuelto en papel de estraza y se lo entregó a Kilian.

—¿Qué es esto? —preguntó el rey.

—Estos son los diarios originales del sirviente, Aldeste, de la casa de Maion. Craiden me pidió que los custodiara, pero ya no están seguros conmigo. Además, ahora que Craiden ya no está necesitamos un aliado.

—¿Yo, ser tú aliado? ¿Y por qué hablas en plural? Craiden ya no está.

Pavlos respiró lentamente antes de contestar.

—Cuando Craiden acudió a mí no fue preguntando por los diarios. De hecho, yo nunca había oído hablar de ellos, ni siquiera sabía de la existencia del imperio de Azra pues en mi tierra tenemos nuestros propios problemas. Craiden acudió a mí preguntando por una stellati llamada Alba. Yo no la conocía, pero mi abuela Eliana, que estuvo presente durante la visita, sí.

»Craiden le rogó a mi abuela que le llevara hasta la hacedora de forma insistente, pero se negó en rotundo. Tras varios meses y largas conversaciones, finalmente accedió, y en una reunión privada, a la que no se me

permitió asistir, le desveló el paradero de la misteriosa Alba.

—Pero ¿quién es esa Alba? ¿Cómo sabía Craiden de su existencia? —preguntó Kilian, alterado.

—El cómo no sé decírtelo, nunca me lo contó... Quién es ella es algo complejo. Craiden dejó Baj-ra siguiendo las indicaciones de mi abuela, y cuando regresó tomó un barco de vuelta a Azra. Nunca me contó si había conocido a Alba ni si esta le había dado los diarios. Y yo, que era muy joven por aquel entonces, terminé por obsesionarme con tanto misterio.

»Yo también tenía el don de los stellati, pero mi abuela lo había ocultado a los Amos del Templo para que no me reclutaran. Así que aquella figura de la misteriosa Alba, una stellati independiente de toda la mafia que se había generado en Baj-ra en torno a nuestro don, me pareció un buen motivo para empezar a investigar. Siguiendo las indicaciones de mi abuela, me mudé a Nessain, la ciudad donde Alba supuestamente vivía. Pero tras años de infructuosos esfuerzos dejé de buscarla y centré mis energías en salvar a los stellati de los Amos y llevarlos a la ciudad de los nigi en la península Assálica.

—Eso os honra, Pavlos.

El bajarita se entristeció.

—Estando vuestro caballero Reikad alojado en mi casa, acompañando a la joven hacedora Niopi y sus amigos, mi pequeño aprendiz Helio fue secuestrado. Era un joven stellati de raza nigi que había rescatado del templo.

—¿Qué fue de Reikad y las niñas?

—Partieron a Baj-ra, tal y como Craiden quería, pero no he tenido noticias de ellos. Me temo que algo terrible les haya podido pasar.

Kilian tragó saliva. No podría soportar perder también a su querido Reikad, era como un hijo para él.

—Tras su partida, yo dejé Nessain buscando al pequeño Helio —continuó Pavlos—. Y en medio de aquella búsqueda

hice una parada en Fenerell.

—¿La mítica ciudad de los magos verdes? ¡Si nadie la ha encontrado nunca!

—Eso es porque la ciudad no ha querido que nadie la encontrase, hasta ahora —Pavlos sonrió—. Los jóvenes, en su huida de Jabharia, habían estado en la ciudad del bosque y me estuvieron hablando de la existencia de un templo de Stella en aquel lugar. Cuando llegué allí, efectivamente encontré el templo. Cuál fue mi sorpresa cuando el poder de aquel lugar me llevó hasta la misteriosa y esquiva Alba.

—¿La mujer que tenía los diarios?

—Efectivamente, ella me los entregó.

* * *

Un rato más tarde, Kilian llegó a su despacho algo molesto. En cierto modo se sentía traicionado por Craiden. No era el primer secreto con el que se topaba. Cuando se trasladaron a Béllabos, uno de los pocos días que Craiden estuvo lúcido, le hizo entrega de las páginas que había robado en la biblioteca de Jabharia. Resultó que, aunque no le había mentido, no le había contado todo el contenido que había en aquellos documentos. Kilian tenía la sensación de que en aquella historia siempre había un secreto dentro de otro secreto, similar a un fractal infinito del que Kilian esperaba llegar al final en algún momento. Sin duda, aquel plan, al que él también había terminado uniéndose para devolver el poder a los tres magos y el equilibrio a los once reinos, tenía muchas más sombras que luces.

Dejó el paquete que le había dado Pavlos sobre su escritorio y se dispuso a retirar los planos que descansaban sobre la mesa. Había dedicado los últimos días, con algunos miembros de la casa de Barren, a diseñar una alternativa tecnológica que les permitiera al menos plantar cara en una incierta pero muy probable batalla al inmenso ejército

imperial. Por un instante, al visualizar aquellos trazos y cálculos, volvió a sus otras preocupaciones y suspiró cansado.

Recogió los papeles con pulcritud, ordenándolos y enrollando los planos con delicadeza, para posteriormente apilarlos en la mesilla auxiliar que tenía para el material. Acto seguido desenvolvió, no sin cierto nerviosismo, el paquete.

Allí estaban, los diarios del sirviente. Secretos esperando dejar de serlos. La casa de Maion, los sirvientes, cronistas de todo lo acontecido en Trageroth desde que Allikas entregó el poder supremo a los tres elegidos: Albián, Nerulam y Fhana, guardianes del equilibrio entre los hombres.

Kilian tomó el primero de los tres tomos en sus manos y lo abrió. Tras una breve ojeada, observó que la letra de la primera de las hojas difería del resto. Daba la sensación de haber sido escrita a posteriori, con un trazo más atropellado, plasmado con prisa. Leyó:

Mi nombre es Aldeste, descendiente de la casa de Maion, designado sirviente por la gracia de Allikas durante la paz de Ascalon, Nephir y Mirena.

Todo lo que aquí se relata es verdadero y ha sido escrito con la única intención de que sea leído por aquellos que sepan escuchar la voz de la madre, nuestra señora Allikas, y sepan retornar de nuevo el camino del hombre hacia el equilibrio entre los pueblos y, por ende, hacia la Paz.

Aciago futuro nos depara el horizonte.

Las palabras que leyó a continuación de esto hicieron que se olvidase de respirar durante, al menos, unos segundos.

II. Los mismos demonios

Niopi descansaba alejada de la aldea, bajo la sombra que le proporcionaban las hojas de un frondoso castaño, mientras trataba de ocultar su hartazgo al resto del mundo.

Todos los días eran tediosamente iguales, atrapados en aquella insulsa aldea y prisioneros de aquellos salvajes que no les dejaban marchar, pero también rehenes de las circunstancias, pues, aunque quisieran, sentían que no podrían abandonar ese lugar de una manera tan sencilla como cabría esperar. No se irían de allí si no era los cuatro juntos, y eso se trataba de un asunto peliagudo.

Había perdido la cuenta del tiempo que llevaban asentados al oeste de la exuberante selva, en aquel pueblucho entre la jungla y el mar. No importaba, se dijo, Reikad controlaba el paso de los días por todos. Ayer mismo había dicho en voz alta que llevaban siete meses allí, ¿o tal vez había dicho nueve? Era incapaz de recordarlo.

Sentía una tremenda añoranza de su sencilla vida en Trageroth, junto al amo Craiden, siempre tan bueno. Pensó en que la fortuna había sido cuanto menos esquiva con ellos desde que salieron a escondidas de Nessain, al albor de una mañana que pronto se convertiría en el inicio un largo viaje de pesadilla.

Después de todo lo que habían pasado desde que abandonaron Jabharia, de la persecución de los soldados,

del ataque de los erioks en las minas de Yeoroth, del rapto de Helio; después de todo eso no esperaban que el mar también se convirtiera en su enemigo.

* * *

Una tormenta de magnitud desproporcionada, cuya descripción bien podría asemejarse a la de los pasajes más apocalípticos del Libro del Origen, les sorprendió cuando bordeaban la gran cordillera por su cara oeste, cinco días después de dejar Nessain.

De poco sirvió que el señor Pavlos les hubiera dejado su mejor y más equipada fragata, y de ninguna utilidad fue que Garín, su patrón de barco, fuera uno de los mejores navegantes terpselenos que existían. «¡Emparentado con la mismísima casa de Terpsele! ¡No habréis de tener problema alguno en la mar!», había proclamado el mercader bajarita sobre el marinero la noche anterior a su partida. Pero las tormentas poco entendían del don del linaje de Terpsele para la navegación.

Ciertamente, Garín manejó la situación con audacia. Se estuvo moviendo por el barco a la velocidad del rayo mientras daba órdenes precisas a sus asustados pasajeros, los cuales poco o nada podían hacer contra un viento fuerte y lacerante ni contra un oleaje crispado y violento.

El hecho de que el amo Reikad se bloqueara durante aquel episodio no facilitó en absoluto las cosas. Amäne y Niopi bien conocían el miedo de su amo al mar, pero no esperaban que en aquel momento tan crucial el caballero más famoso del imperio se quedara escondido y asustado en la bodega del barco, agazapado en un rincón cual patético cachorro tembloroso.

La pericia de Garín y el arrojo de Tòmme, que demostró la valentía propia de un héroe, los salvaron de una muerte segura. El diestro navegante terpseleno los condujo lejos

de mar abierto, pero justo cuando habían conseguido sortear unas grandes rocas que había cerca de la costa, Garín cayó al mar perdiéndose en la negrura. Poca esperanza hubo en que el patrón del barco sobreviviera, pues la marea chocaba con violencia sobre puntiagudas y afiladas piedras donde el navegante se había perdido.

Tras la caída del patrón, los tres chicos tomaron el timón de la nave como pudieron y trataron de conducir el navío hacia la orilla, pero su inexperiencia les hizo chocar de manera estrepitosa con el fondo pétreo, haciendo saltar el barco por los aires y esparciéndolos a todos por el agua. Tras el caótico naufragio todos consiguieron llegar medio inconscientes a tierra. La oscura arena de origen volcánico los acogió milagrosamente en su abrazo. Las dos jóvenes y un Reikad inconsciente remolcado por Tòmme alcanzaron la playa no sin dificultad, prácticamente vomitados por la marea, pues tampoco ninguno era ducho en el arte de mantenerse a flote. Sobrevivieron, inexplicablemente, y amanecieron al día siguiente junto a los restos del navío.

Cuando despertaron expulsaron de sus estómagos litros de agua salada como si se hubieran tragado el mar entero, mientras el tibio sol de invierno trataba de secar sus ropas y cabellos húmedos sin ninguna probabilidad de éxito.

El amo Reikad se encerró en sí mismo los días posteriores al naufragio. No hubo forma alguna de hacerlo reaccionar, parecía tremendamente conmocionado, y tras varios intentos fallidos decidieron que lo mejor sería darle un tiempo y esperar a que volviera en sí, sin atosigarlo. El caballero no hablaba y su mirada perdida asustaba, a veces, a una impresionable Amäne, que lloraba sin parar.

Tòmme, el joven cazador, tomó junto a Niopi el mando de la situación. Hicieron un fuego y trataron de recuperar todo aquello que les pudiera ser de utilidad para subsistir. Consiguieron salvar un barril de agua dulce y algo de comida, pero sabían que no podían quedarse allí parados de manera indefinida. Debían decidir qué hacer: o

enfrentarse a la gran cordillera y regresar a Azra, un imponente bloque de montañas rocosas y áridas cuya parte más alta se perdía entre las nubes, o desafiar a un desolador desierto y continuar con la misión que tenían entre manos hasta Baj-ra.

Con Reikad mudo por el *shock*, el debate tenía solamente tres protagonistas. Todos estaban de acuerdo en que querían seguir adelante, pues la motivación que los había llevado hasta allí seguía presente: descubrir el origen de los hacedores de estrellas y el interés del amo Craiden en enviar a Niopi hasta allí. Sin embargo, aquella opción tenía un gran inconveniente: era más probable sobrevivir si deshacían el camino que si lo continuaban. En la montaña, Tòmme esperaba encontrar agua dulce y poder utilizar sus habilidades de cazador-recolector, pero en el desierto dudaba que le resultaran útiles.

Tras dos días acampados en la playa, los víveres empezaron a escasear, y los tres sabían que tenían que tomar una decisión urgente. Por desgracia, la balanza se inclinaba hacia el lado que ninguno de ellos prefería, así pues, la segunda noche decidieron que al amanecer del tercer día regresarían a Azra; lo que no sabían es que el azar no estaba para nada de acuerdo con aquella decisión.

La mañana del tercer día tras el naufragio se levantaron silenciosos, asumiendo la derrota y la misión fallida, pero algo muy extraño había sucedido. Junto a ellos encontraron varias alforjas fácilmente transportables que contenían víveres no perecederos y agua dulce. Se miraron extrañados los unos a los otros, sin comprender aquello. Tòmme incluso recorrió el terreno buscando pistas de algún desconocido, pero no encontró nada. Aquellos víveres habían aparecido allí por arte de magia, no había otra explicación.

Tras los hechos retomaron la idea de continuar en busca de la ciudad de los antiguos, Baj-ra. Iniciaron la marcha sirviéndose de una brújula que las chicas habían

conseguido recuperar de los restos del barco y anduvieron bordeando la costa durante varios días, manteniendo el paso lento que las piernecitas de Amäne permitían, pero eso sí, a un ritmo constante e incansable gracias al ímpetu de la joven. Reikad, que seguía ido, los acompañaba cuando andaban y paraba cuando descansaban, pero apenas se comunicaba.

Los días pasaron y, con ellos, las semanas. Iban encontrado pequeños reductos donde abastecerse de agua y de algunos víveres. Durante el viaje habían identificado un fruto seco desconocido que los saciaba bastante y les otorgaba suficiente energía. Se acostumbraron a él, incluso lo llegaron a echar de menos cuando escaseó. Lo llamaban cruquis, nombre que se inventó Amäne porque decía que al masticarlos hacían un ruido simular a «cru-cri», todos sonrieron ante la ocurrencia de la pequeña y comenzaron a llamarlo así también.

Un día, cuando ya habían perdido casi la noción del tiempo que llevaban caminando, tuvieron que abandonar el camino costero e introducirse hacia el continente, pues una gran montaña les impedía el paso. Ascendieron siguiendo la ladera hasta que pudieron bordearla, pero no sabían que no volverían a ver la costa nunca más.

Niopi rememoró con escalofríos la ocasión en que unos erioks aparecieron de la nada en plena noche, atraídos por la luz de su hoguera. Estaban cenando en silencio cuando Tòmme se puso en pie como un resorte. El entrenado oído del joven cazador los alertó con el tiempo justo para prepararse para el ataque.

Reikad seguía sin reaccionar y las dos chicas se posicionaron junto a él, ubicándose todos a su vez detrás de Tòmme. El desagradable chasquido que emanaba de la garganta de los engendros los delataba, acelerando el corazón de sus presas con cada sonido gutural. Eran dos, y el que se encontraba en la posición más avanzada saltó hacia ellos sin piedad.